



Homilía del Domingo 24B Ordinario

PRESENTACIÓN DEL NUEVO PÁRROCO DE “EL MILAGRO DE SAN JOSÉ

Lecturas: Is 50, 5-9a; St 2,14-18; Mc 8, 27-35.

La armonía entre la fe y la vida es un mensaje común en las tres escenas distintas reflejadas en las lecturas hoy proclamadas.

1. La lectura del **profeta Isaías** forma parte del tercer canto del Siervo del Señor. El siervo se presenta como oyente y anunciador fiel de la Palabra de Dios; y es **consciente de su misión y su destino**. Su misión es dolorosa, expuesta a la injuria y a la violencia de los hombres. Pero el profeta asume voluntariamente esa misión, sin resistencias. Pone su confianza en el Señor, seguro de que él lo defenderá, le dará la victoria y lo salvará. Su destino es la salvación.

El “*Siervo de Dios*”, en la obediencia de la fe, no huye de los enemigos que le golpean, le arrancan la barba, le ensucian el rostro con insultos y salivazos. El Señor le da fuerza para que su rostro se torne duro como el pedernal. Sabe que en este sufrimiento está obedeciendo y que, a pesar de cualquier sensación de abandono, Dios está con él. Esta experiencia personal es propuesta por el siervo como enseñanza para todos: “*Quien de vosotros teme al Señor y escucha la voz de su siervo, aunque camine en tinieblas, sin ninguna claridad, que confíe en el nombre del Señor, que se apoye en su Dios*” (Is 50, 10).

La misión realizada fielmente por el Siervo del Señor es un testimonio ejemplar de la fe auténtica, que da fruto en la obediencia de la entrega de la propia vida. Y es también una especie de anticipación del misterio pascual de Jesucristo.

Los términos con los que el Siervo expresa su confianza en el Señor son semejantes a los empleados por san Pablo. El siervo dice: “*Mi defensor*



está cerca, ¿quién pleiteará contra mí? Comparezcamos juntos, ¿quién me acusará? El Señor Dios me ayuda, ¿quién me condenará”(Is 50, 8-9). San Pablo escribe: *“Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?... Dios es el que justifica. ¿Quién condenará?... ¿Quién nos separará del amor de Cristo?”*(Rom 8, 31.33-35).

2. *“La fe, si no tiene obras, está muerta por dentro”*. Estas palabras de **Santiago** reflejan la enseñanza de Jesús: *“No todo el que me dice ‘Señor, Señor’ entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre... El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edifique su casa sobre arena.”* (Mt 7, 21.26).

La severa llamada de atención de Santiago recuerda la enseñanza de san Juan: *“Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras”* (1 Jn 3,18). Y ambas exhortaciones están en sintonía con lo que san Pablo escribió a los gálatas: *“nosotros hemos creído en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley. Pues por las obras de la ley no será justificado nadie.”* (Gal 2, 16). Pablo excluye las observancias rituales de la ley, tal como las entendían los fariseos de su tiempo, pero no enseña una separación entre la fe y la vida, que ya los antiguos profetas de Israel habían denunciado (cf. Is 29, 13). Con solo tener por verdaderos algunos dogmas propuestos por la Iglesia, nadie se hace todavía cristiano. La fe viva, a la que Santiago y Pablo atribuyen eficacia salvadora, es *“la fe que actúa por el amor”*(Gal 5, 6); una respuesta íntegra del hombre a la llamada que Dios le hace a través de Jesucristo.

En efecto, la fe cristiana auténtica es la que responde con la vida entera a la llamada de Dios. Santiago acredita la verdad de su enseñanza con el ejemplo de la obediencia de la fe de Abrahán, que ofreció sobre el altar a su hijo Isaac (Sant 2, 21-24). Nadie puede cumplir su deber de obediencia a Dios mostrando *“una fe sin obras”*, una fe sin fruto en la vida. Y eso mismo dice Santiago a propósito del supuesto cristiano que rechaza a un hermano desnudo y hambriento, o que menosprecia a los pobres.

3. El relato del **evangelista Marcos** nos muestra a los discípulos de



Jesús el camino de nuestra **misión**: llevar la cruz detras del Señor; y la **meta** a la que conduce: la salvación en su Reino. Es la forma verdadera de poner en práctica la fe que profesamos.

El proceso de esta revelación comienza con preguntas de Jesús a sus discípulos en relación con su persona: “*¿Quién dice la gente que soy yo?... Y vosotros, ¿quién decís que soy ?*” Las respuestas manifiestan actitudes distintas en los que oyen el anuncio del Reino por Jesús y ven su forma de vivir y actuar.

La “**gente**”, cree que Jesús es un profeta; e incluso le identifica con los mayores profetas: Elías o Juan el Bautista. Pero esta creencia no se traduce en reconocimiento de Jesús como el Hijo salvador enviado por el Padre. “**Vosotros**”, los apóstoles, con Pedro a la cabeza, confiesan la fe verdadera en Jesús como Mesías. Es una fe viva, sincera y bienintencionada, que les ha puesto en seguimiento de Jesús; pero es todavía parcial y errónea en la comprensión de su contenido, así como insuficiente para su plena identificación con la misión de Jesús.

En el momento en que oye a Pedro darle el título de Mesías, Jesús interrumpe su discurso y prohíbe terminantemente a sus discípulos decirselo a nadie; en lugar de esto, les anuncia por primera vez la suerte que correrá el Hijo del hombre: “*Tiene que padecer, ser reprobado..., ser ejecutado y resucitar al tercer día*”.

La fe de Pedro y los apóstoles no es capaz aún de comprender al Mesías como el Siervo sufriente de Dios, anunciado por Isaías. Pedro se llevó aparte a Jesús y se puso a increparlo, porque había anunciado un camino del Mesías incomprensible para él.

Jesús corrige la interpretación social y política que Pedro ha asumido de la misión del Mesías, por influencia de la teología de la liberación de Israel, llevada al extremo por los celotes que combatían activamente a los romanos. Y la misma persona de Pedro es increpada duramente por Jesús: *¡ponte detrás de mí, Satanás! ¡Obedece y no quieras señalarme el camino! “Tú piensas como los hombres, no como Dios!”*



Jesús desvela en esta escena la misión para la que ha sido enviado, que será también la misión de sus discípulos: *“Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga”*. En esta misión se refleja el auténtico sentido de la doctrina de Santiago sobre la fe y las obras. **Una fe sin la obra de la cruz no es una fe cristiana.** La fe que quiera salvar la vida sin perderla por Jesús, lo perderá todo. La fe sin la entrega del amor a Dios y al prójimo no es nada. Si esta obra de amor llega o no hasta el sacrificio sangriento de la vida, es algo secundario; en todo caso, la obra de la entrega de la vida contiene ya una muerte espiritual, que es la renuncia al propio yo: el *“que se niegue a sí mismo”*.

4. El camino común de los discípulos: Pastor y fieles.

“Que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga”. Esta es la verdad del camino de Jesús, que él nos hace posible con la gracia del Espíritu, con el amor que el Espíritu infunde en nuestros corazones. Sólo así puede el discípulo perder con alegría la vida por Jesús; solo así puede estar seguro de salvarla perdiéndola. Y esta paradoja pascual solo adquiere sentido en la esperanza de la salvación en el reino de los cielos. *“Pues ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero y perder su alma? ¿Estamos convencidos de que merece la pena perder el mundo entero por Jesucristo y su Evangelio?”*

En este día de inicio de una nueva etapa pastoral, la Palabra de Dios nos ha recordado a la comunidad parroquial entera, a cada uno de sus miembros y, de forma especial, a su nuevo pastor, y a mí mismo, el gozoso y arduo programa de seguimiento de Jesús que debemos asumir de nuevo con decisión y con confianza en la gracia y los dones de su Espíritu.

Solo el Espíritu nos mantiene en la fe verdadera y derrama en nuestros corazones el amor que la hace activa, en el testimonio del Evangelio. El mismo Espíritu viene siempre en ayuda de nuestra debilidad, nos enseña a orar como conviene, y nos mantiene en la unidad y en el amor y servicio fraternos, para que el mundo crea en Jesucristo, pueda reconocernos como discípulos suyos y, viendo nuestras buenas obras, de gloria al Padre que está en los cielos.

Somos frágiles como vasijas de barro; pero estamos habitados por el



Carlos López Hernández

Espíritu del Resucitado. Somos Hijos de Dios y nadie podrá separarnos del amor que él nos ha manifestado en Jesucristo, nuestro Señor. La verdad y el amor del Espíritu nos hacen libres para seguir al Señor con alegría, llevando su cruz y las de los hermanos, especialmente de los más pobres y heridos por la dureza de la vida. Estamos siempre alegres, porque a los que amamos a Dios todo nos sirve para el bien. En el encuentro con el Señor en su Eucaristía anhelamos seguir siendo edificados por el ministerio de nuestro nuevo párroco como Iglesia de Cristo, viva y misionera, presente en medio del mundo, alentada por su Espíritu.

La continuidad de los Buenos Pastores que el Señor ha venido enviando a esta comunidad parroquial es una reiterada prueba de su amor. Hoy damos gracias por el ministerio de todos ellos, en particular por el servicio pastoral de Pablo, que hoy concluye, y por el regalo de José María, al que acogemos con apertura de corazón y actitud de colaboración generosa.

Salamanca, 16 de Septiembre de 2018